

# **Opinión pública y política exterior en América Latina: percepciones, intereses y prioridades**

*Guadalupe González González  
y Jorge A. Schiavon*

Al cumplirse la primera década del siglo XXI, América Latina y el mundo se encuentran en un periodo de fuertes transformaciones y profundas reflexiones. El bienio 2010-2011 ha sido de cambios para la región, que resultan de los retos presentados por la lenta recuperación de la economía mundial tras la crisis de 2008-2009 y el azote de desastres naturales, así como de los cambios políticos en algunos países de la región. Estas transformaciones, y las respuestas de cada país a ellas, han marcado las diferentes corrientes que convergen en una región, cuyos miembros han dejado de mirarse, tanto desde fuera como desde adentro, como un grupo homogéneo. Las posiciones y estrategias asumidas frente a los cambios en el mundo y la región cubren un amplio abanico de opciones, desde el socialismo bolivariano hasta el liberalismo económico, de forma tal que América Latina es hoy una región plural con un mapa complejo, heterogéneo y variable, de alianzas y mecanismos de coordinación política y económica.

Los países de América Latina enfrentan retos diferenciados, determinados por su situación geográfica y económica frente a los cambios mundiales recientes. La lenta recuperación de la

economía mundial causó el retraimiento de los grandes actores tradicionales con efectos distintos para las economías latinoamericanas. La crisis económica y la polarización política en Estados Unidos, lo mismo que la serie de problemas financieros en la Unión Europea, significaron una menor atención a la región, al igual que dificultades económicas para las economías más expuestas a estos mercados. A su vez, el fuerte crecimiento económico de China, India y otros países emergentes, considerados motores de la economía mundial, ha cambiado el balance de poder en la economía y la política regional, otorgando más peso a los países de mayor tamaño del mundo en desarrollo, los cuales reclaman una mayor participación en las decisiones mundiales.

Los países latinoamericanos, por su parte, han reaccionado a estos escenarios de acuerdo con sus intereses y contextos nacionales. Algunos han buscado una mayor asertividad diplomática en el mundo y la región para explorar nuevas alianzas y mercados, otros mantienen la ruta del libre comercio y el regionalismo abierto, en tanto que otros más apuestan por proyectos de integración y liberalización económica, centrados en sus espacios subregionales. Algunos han vuelto la mirada hacia Asia como un nuevo horizonte estratégico; los hay que se han comprometido con los modelos tradicionales que apuntan a Estados Unidos y Europa, y otros más, azotados por problemas internos, se muestran más retraídos y enfocados a la solución de sus preocupaciones locales. En este nuevo escenario, Brasil ha aumentado su peso dentro y fuera de la región, posicionándose como el enlace latinoamericano con el grupo de los BRICS de economías emergentes (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), y el principal promotor de la cooperación Sur-Sur y la integración sudamericana. Países con cierto peso y presencia internacional, como México y Venezuela, han seguido trayectorias menos consistentes que les han impedido alcanzar una mejor posición en la región.

El número 93 de la *Revista Mexicana de Política Exterior* (RMPE) trata acerca de un tema central de las relaciones internacionales de América Latina hoy: ¿cómo miran los ciudadanos latinoamericanos al mundo y qué esperan de la actuación de sus respectivos países en el ámbito internacional? Conocer las percepciones sociales de los problemas nacionales e internacionales es una tarea necesaria en los países con sistemas democráticos y, para esto, los estudios de opinión pública ofrecen información valiosa al respecto. Este número temático incluye seis artículos: cinco son estudios de caso sobre los países en los que se realizó la segunda edición latinoamericana de la encuesta *Las Américas y el Mundo 2010-2011* (Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú) y uno compara los resultados de los cinco levantamientos. Estos artículos resumen y complementan los reportes nacionales escritos para cada uno de los países, así como el reporte comparativo, lo que permite observar las opiniones y reacciones de los ciudadanos en torno a los grandes cambios mundiales y regionales, al igual que las respuestas nacionales hacia ellos.

*Las Américas y el Mundo* es un estudio de opinión pública de carácter académico, sin fines de lucro, cuya realización depende enteramente de las contribuciones generosas de varias instituciones, públicas y privadas, nacionales e internacionales, interesadas en promover la investigación social en temas de interés público. El proyecto es resultado de un esfuerzo colectivo en el que participaron numerosas personas que, con su compromiso y cooperación, hicieron posible la realización exitosa de esta investigación. En Brasil, Maria Hermínia Tavares de Almeida y Janina Onuki, del Instituto de Relações Internacionais da Universidade de São Paulo, asumieron la coordinación del trabajo; sin embargo, debido a complicaciones de agenda de último momento, Rodrigo Morales, profesor asociado del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y secretario eje-

cutivo del proyecto, escribió el capítulo brasileño. En Colombia, Arlene B. Tickner, profesora-investigadora en la Universidad de los Andes, fungió como coordinadora del equipo académico. En Ecuador, Beatriz Zepeda, profesora-investigadora de Flacso-Ecuador, coordinó el proyecto de investigación y, para la redacción del texto, contó con el apoyo de María Gabriela Egas. En Perú, Farid Kahhat, profesor-investigador de la Universidad Católica del Perú, asumió las riendas de la investigación y escribió el artículo sobre su país. Finalmente, en México, la División de Estudios Internacionales del CIDE llevó la coordinación general del proyecto. El equipo académico responsable incluyó a cuatro de sus profesores-investigadores: Guadalupe González González, como directora general, Jorge A. Schiavon, como director ejecutivo, y David Crow y Gerardo Maldonado, como investigadores. Los dos primeros asumieron la coordinación del presente volumen y son responsables del capítulo sobre México, lo mismo que de la introducción. Por su parte, Crow y Maldonado son los autores del capítulo que compara los cinco levantamientos. La compilación del número 93 de la RMPE se logró gracias al generoso apoyo del Instituto Matías Romero de la Secretaría de Relaciones Exteriores y, muy particularmente, de sus dos directores generales durante el tiempo que tomó su realización, la maestra Celia Toro y el embajador Pablo Macedo.

## **Representatividad**

Los cinco países incluidos representan una gama que abarca las distintas realidades latinoamericanas en términos de las amplias brechas de tamaño económico y demográfico; las diferencias culturales e históricas legadas por la colonización española y portuguesa, lo mismo que las experiencias en la vida independiente de las subregiones del continente; los retos sociales y diferencias

geográficas, y el espectro político desde la derecha liberal hasta las corrientes socialistas de influencia bolivariana y la izquierda pragmática.

Esta variabilidad nos permite generar un retrato de las distintas realidades que afectan a la región durante este periodo crucial en la historia mundial y observar cómo repercuten estos cambios o, en algunos casos, son promovidos desde la sociedad. Los países encuestados representan más de la mitad de la población total y cerca de dos tercios de la economía de la región, lo cual les otorga un destacado peso. Así, Brasil y México figuran como los potenciales líderes de la región, mientras que Ecuador representa una economía considerablemente menor y Colombia y Perú se encuentran en una posición intermedia. Este grupo de cinco países también permite hacer comparaciones entre tres de las principales subregiones del continente: México en el extremo norte y los países andinos de Colombia, Ecuador y Perú, contrastados con Brasil, el gigante de descendencia portuguesa.

En el espectro político, y en relación con sus estrategias de inserción en el mundo, los países encuestados igualmente presentan similitudes y diferencias. En México y Colombia, los proyectos se mantienen influidos por el liberalismo económico, a pesar de un contexto de debilidad de estas doctrinas, resultado de la crisis y los cambios dentro de Estados Unidos. Ambos gobiernos de derecha moderada han asumido como su principal reto la consolidación de la seguridad interna, con distintos resultados. Perú, no obstante una racha de crecimiento económico por encima de cinco por ciento durante varios años, ha mostrado un hartazgo con su clase política que culminó en una muy polarizada campaña electoral a finales de 2010 y la elección como presidente del candidato de izquierda, Ollanta Humala. En tanto, Ecuador, que en años recientes se acercó al proyecto bolivariano promovido por Venezuela como una respuesta de

rechazo a las políticas neoliberales del Consenso de Washington, ha resultado afectado por la crisis europea y, a pesar de la popularidad del mandatario Rafael Correa, ha enfrentado situaciones de inestabilidad política. Por su parte, el proyecto brasileño de centro-izquierda, con sus fuertes lazos comerciales con Asia y su sesgo Sur-Sur, ingresa con Dilma Rousseff, relevo político de su principal arquitecto, Luiz Inácio Lula da Silva, a una nueva fase, después del continuo avance de Brasil como líder económico y político de la región.

Los países latinoamericanos, a pesar de estas diferencias, enfrentan retos comunes. La debilidad histórica de los sistemas de gobierno a lo largo de la región ha producido un legado común de alta marginación y corrupción en comparación con países de alto desarrollo. El narcotráfico y la violencia relacionada con éste son comunes en la región: desde los campos de producción en Perú y las narcoguerrillas que operan en Colombia, hasta la cruenta guerra en contra del narcotráfico y el crimen organizado que ha dejado miles de muertos en México, así como la violencia dentro de las favelas brasileñas. No obstante el desaceleramiento de la economía mundial, el movimiento migratorio hacia otros países y continentes sigue perfilando a una región que cada año expulsa a cientos de miles de personas en busca, en su mayoría, de mejores oportunidades de vida. Por último, estos países comparten serios rezagos sociales en materia de pobreza, desigualdad y precariedad laboral, así como el reto de mejorar sus condiciones de competitividad internacional, en pro de un crecimiento sustentable más allá de sus ventajas comparativas como proveedores de productos agrícolas y materias primas.

A continuación, se resaltan algunos acontecimientos mundiales y nacionales que conforman el contexto en el cual se recabaron los datos de la encuesta en los cinco países mencionados, entre el segundo semestre de 2010 y el primero de 2011.

## Principales hallazgos

De los resultados de los seis artículos contenidos en este volumen se derivan una serie de hallazgos generales sobre la forma en la que los latinoamericanos entienden y se relacionan con el mundo. El primero es que, en los albores de la segunda década del siglo XXI, si bien no es posible hablar de América Latina como una región homogénea con una visión única de su inserción en el mundo globalizado, la descripción de dos geografías mentales latinoamericanas o dos culturas políticas internacionales claramente distintas en el norte y el sur del subcontinente resulta simplista e inexacta. La evidencia recabada muestra los contornos sociales de una América Latina más compleja, diversa y heterogénea, que desafía la imagen de una región con fronteras subregionales claras y excluyentes entre sí.

Dos fenómenos son particularmente reveladores de la multiplicidad, la fluidez y la diversidad de los espacios latinoamericanos. Por un lado, independientemente del tamaño, de la ubicación o del modelo de inserción internacional de cada uno de estos países, la mayoría de sus ciudadanos se considera latinoamericano y son pocos los que se definen a sí mismos como norteamericanos, sudamericanos o andinos. La proporción tan pequeña de colombianos y ecuatorianos que se sienten andinos, y de mexicanos que se identifican como centroamericanos o norteamericanos, sugiere que las identidades y empatías supranacionales no necesariamente están relacionadas con el mercado, la interconexión social o la cercanía geográfica. No hay, por tanto, indicios de que los diversos esquemas de integración subregional existentes al norte y al sur de América Latina se sustenten en identidades subregionales fuertes ni cada vez más marcadas. Lo que sí hay, en cambio, son países que miran casi exclusivamente al continente, como Colombia, Ecuador y México, mientras que otros, como Brasil y Perú, tienen una perspectiva

del mundo en su totalidad, en concordancia con la mayor diversificación de su comercio exterior. Por otra parte, Brasil y México, las dos economías más grandes de la región y con mayor capacidad de proyección a nivel regional y mundial, no cuentan con bases sociales suficientes para asumir los costos y compromisos que requeriría el ejercicio de un liderazgo internacional activo y sostenido. El contacto de los brasileños con el mundo es el más bajo de todos los países latinoamericanos encuestados, en tanto que, al igual que el público mexicano, están menos informados e interesados en lo internacional que sus contrapartes de países más pequeños, como los de la Región Andina, en particular, Colombia.

El segundo hallazgo es que, no obstante la variedad de modelos y estrategias de inserción internacional que hoy existen en América Latina, los públicos latinoamericanos comparten ciertas similitudes que dan a la región en su conjunto un perfil particular. ¿Cuáles son estos atributos característicos del ciudadano latinoamericano promedio en su relación con el mundo? En general, la amplia mayoría de la población de estos países está poco conectada y familiarizada con el exterior. Tres de cada cuatro latinoamericanos nunca han salido de su país ni tienen relación con extranjeros; cuando mucho dos de cada cinco utilizan Internet y sólo uno de cada 10 habla algún idioma extranjero. Su interacción con el mundo tiende a ser indirecta, vía los lazos que sostienen con la extensa red de familiares radicados en el exterior, salvo en el caso de Brasil, país que destaca por estar prácticamente al margen de los flujos migratorios latinoamericanos y por su extrema desconexión internacional a nivel social.

Además, el latinoamericano promedio está desinformado, tiene un pobre conocimiento de otros países, y de sus líderes políticos, incluso de los que son geográfica y culturalmente cercanos; su falta de información es aún mayor con respecto a organismos



internacionales e instituciones multilaterales. Más allá de este rasgo general, existen brechas de conocimiento internacional muy notables entre los públicos de estos países: Colombia destaca por ser la sociedad más informada y Brasil, la menos. En cuanto a identidad nacional y cultura cívica, el panorama es de contrastes. Los latinoamericanos están muy orgullosos de su nacionalidad, sus recursos naturales y tradiciones culturales, pero están insatisfechos con los logros de su país. De igual forma, aunque consideran que la democracia es el mejor sistema de gobierno, son poco participativos, tienen una actitud de desapego a la ley y muestran un alto nivel de desconfianza hacia la política y sus instituciones.

A pesar del bajo nivel de contacto directo con el mundo, de su escaso conocimiento internacional, de su fuerte sentimiento de identidad y orgullo nacional, lo mismo que de las debilidades de su cultura cívica, los ciudadanos de Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú muestran un nivel de interés por las relaciones internacionales de su país similar al que tienen por otros temas de la agenda nacional. En promedio, dos de cada tres ciudadanos encuestados dicen tener interés por las noticias internacionales y un tercio muestra poco o ninguno. Estos hallazgos son contrarios a la idea convencional de que las personas tienden a interesarse casi exclusivamente en los asuntos nacionales o locales con los que tienen un contacto cercano o conocen en forma directa en su vida cotidiana. En América Latina, los públicos atentos están interesados tanto en lo que ocurre dentro como fuera de su país, aunque su contacto con el exterior sea esporádico y su conocimiento internacional escaso. Sin embargo, el interés por el mundo varía de manera significativa entre países y en un sentido compatible con la tesis de que las naciones grandes suelen tener cierto déficit de atención por lo internacional. Así, los públicos de Brasil y México están menos interesados por el mundo que sus contrapartes en los tres

países andinos, muy especialmente en Colombia. No obstante, es posible que este escaso interés de brasileños y mexicanos obedezca a razones y circunstancias distintas. Mientras que el desinterés mexicano parece ser reflejo de un ánimo introspectivo por la difícil situación económica y de seguridad por la que atraviesa el país, en el caso de la sociedad brasileña resulta más plausible la lógica del “gigante desatento” que, por las propias dimensiones del país y la situación de bonanza económica, se muestra optimista y mira con cierta indiferencia al mundo.

Podemos también afirmar que el nacionalismo de los latinoamericanos del siglo XXI está vigente, pero es de carácter selectivo y ambivalente. Por un lado, el nacionalismo político y social es un rasgo tradicional altamente característico de los países de América Latina, que se distingue porque las mayorías sociales rechazan la posibilidad de abrir las fronteras nacionales a la migración o de integrar plenamente a los extranjeros naturalizados como ciudadanos con derechos políticos plenos; además, tienen una clara inclinación soberanista que los lleva a oponerse a que su país acate las decisiones multilaterales cuando no sean de su agrado, someta a sus conciudadanos a la jurisdicción de organismos internacionales o promueva mecanismos de representación política y defensa conjunta en la región. Esta veta nacionalista lleva a que el multilateralismo en América Latina sea superficial, retórico y falto de raíces sociales profundas. Al mismo tiempo, los latinoamericanos se muestran bastante abiertos a la influencia cultural de otros países y, sobre todo, a la mayor vinculación con la economía internacional, al libre comercio y a la inversión extranjera.

La apertura de los latinoamericanos respecto a la cultura y la economía no sólo llama la atención por el contraste con su marcada inclinación soberanista, sino, especialmente, porque hay elementos que llevarían a esperar una mayor incidencia de

actitudes nacionalistas en estos ámbitos. Así, aunque uno de los motivos más poderosos del férreo sentimiento de orgullo nacional en América Latina sea la cultura y las tradiciones del país, mayorías sociales consideran benéfica la difusión de ideas y costumbres del extranjero. El análisis tampoco encontró evidencia de un resurgimiento del nacionalismo económico o de actitudes proteccionistas en favor de mayores controles de los intercambios comerciales y financieros, a pesar de las constantes críticas al neoliberalismo por parte de gobiernos y fuerzas de izquierda en la región, ni como resultado de la contracción económica de 2008 y 2009. A dos años de la crisis financiera mundial, los latinoamericanos de los países encuestados se muestran más abiertos en el ámbito económico que en cualquier otro aspecto de su vinculación con el exterior. Los dos países con mejor desempeño económico en los últimos años, Brasil y Perú, son precisamente los más entusiastas frente a la globalización, la inversión extranjera y el libre comercio. En contraste, los públicos de los países con tasas de crecimiento inferiores tienden a ser ligeramente menos devotos de la apertura económica. Sin embargo, con todo y estas diferencias, hoy en día el nacionalismo económico parece tener pocos adeptos en América Latina.

Otro hallazgo general que se deriva de los artículos contenidos en este número de la RMPE es que los países latinoamericanos comparten las mismas preocupaciones y aspiraciones, pero no cuentan con una agenda común frente a los retos mundiales y regionales. Este desfase obedece, en parte, a que los públicos de los países encuestados evalúan la situación internacional desde la óptica de su respectiva realidad nacional y regional. Para el ciudadano promedio de estos países, la actividad internacional es una forma más de promover el desarrollo, aunque por diferentes razones: en México se percibe al mundo como una fuente de apoyo para solucionar los problemas internos, en tanto que en América del Sur se le percibe como un espacio para generar

bienestar. No se trata de un matiz conceptual, sino de una manera distinta de entender la relación con el exterior. En el caso mexicano, la necesidad y el desánimo moderado por la difícil situación de inseguridad en el país son el motor del interés por el mundo, en tanto que, en Sudamérica, permea una visión más optimista y confiada en la que el exterior es un ámbito de posibilidades abiertas. En Brasil, el caso sudamericano extremo, la sensación de bonanza nacional se traduce en cierta indiferencia y despreocupación por el mundo.

En lo que respecta a las aspiraciones compartidas, amplias mayorías en los países coinciden en el deseo de que su nación participe de manera activa en asuntos internacionales. Lo interesante de esta actitud participativa es que concurre con un pesimismo social generalizado sobre el mal rumbo que lleva el mundo. Esto significa que en estos países, la visión pesimista sobre la situación mundial no implica un ánimo de retraimiento o pasividad, sino que, por el contrario, apuntala la aspiración de activismo externo y genera una mayor voluntad de participación internacional.

Las preocupaciones internacionales también son ampliamente compartidas. Existe una gran convergencia y coherencia en la evaluación de las principales amenazas internacionales en América Latina. Así, aun ante los diferentes contextos nacionales, las personas están preocupadas por los mismos asuntos, particularmente los que puedan incidir en su bienestar, como el narcotráfico, el deterioro del medioambiente, la escasez y la carestía de alimentos, la pobreza y las crisis económicas. Las amenazas mundiales son vistas a través de una lente individual o local, en la que se observa, en especial, cómo afectan las condiciones de vida propia y de la comunidad.

Existe una intensa sintonía entre amenazas y prioridades de política exterior, ambas relacionadas, directa o indirectamente, con el bienestar personal. Las acciones externas de mediana

y baja importancia están relacionadas con temas tradicionales de seguridad y economía internacional, y de fortalecimiento de las organizaciones internacionales y la promoción del bienestar común internacional.

Hay un mandato claro a las cancillerías latinoamericanas para que sus acciones de política externa generen bienestar y sirvan para solucionar los problemas inmediatos de los encuestados; la promoción de valores e instituciones mundiales son poco relevantes. En suma, la racionalidad utilitarista de bienestar personal supera la racionalidad normativa de solidaridad internacional.

El optimismo brasileño y el pesimismo mexicano con respecto al rumbo del mundo afectan la percepción de relevancia internacional de cada país: mayor en Brasil, menor en México. Los brasileños tienen una alta percepción de su importancia, tanto prospectiva como retrospectivamente, en consonancia con su poder relativo en América Latina. Los mexicanos subvaloran su relevancia mundial en relación con su poder relativo en la región. Por su parte, la percepción de los colombianos sobre la importancia y la capacidad de proyección del país es mayor que su potencial real, pero revela una voluntad social de superar varias décadas de relativo aislamiento internacional, producto de su conflicto interno.

En total concordancia con su poder relativo en el sistema internacional, en los países latinoamericanos hay amplia coincidencia y altos niveles de apoyo para el uso de instrumentos de poder suave (cultural, comercial y diplomático) y un reducido apoyo con respecto al uso de la capacidad militar, rubro en el que los países están divididos en mitades, a favor y en contra. De aquí se deduce un mandato unánime a las cancillerías latinoamericanas: los ciudadanos quieren una política externa activa que privilegie los instrumentos de poder suave y que promueva la consecución de acciones internacionales que impacten favorablemente en su bienestar.

Ahora bien, a pesar de tener la misma inclinación hacia una política exterior no militarista, enfocada en temas de desarrollo y seguridad humana, los latinoamericanos encuestados tienen apreciaciones muy distintas del desempeño de sus respectivos gobiernos. Se observan grandes variaciones en la evaluación de las políticas públicas, tanto en nivel de acuerdo como en ordenación de políticas. Ecuatorianos y brasileños evalúan muy positivamente a sus gobernantes, mientras que mexicanos y peruanos son muy críticos; por su parte, los colombianos se ubican en la media. Además, no hay convergencia entre países por área de política pública evaluada; los ciudadanos son capaces de discriminar claramente entre las diferentes políticas nacionales y evaluarlas de acuerdo con ello y la popularidad de su jefe de Estado. La política exterior es la segunda política pública mejor evaluada, salvo en Ecuador, donde ocupa el penúltimo lugar.

Si bien las preocupaciones y aspiraciones internacionales de los países latinoamericanos convergen a nivel general, hay pocos elementos para una agenda común en la región. No sólo varía la forma en la que se ubican en el mundo, sino que difieren en sus prioridades regionales y líneas de acción para enfrentar los problemas del vecindario latinoamericano. Por lo que hace a las visiones y preferencias de los latinoamericanos, es difícil plantear una agenda de prioridades regionales comunes. Ahí donde hay convergencias, se prefiere una coordinación acotada que no implique ni cesión de soberanía ni integración social o política.

Los latinoamericanos no tienen las mismas prioridades de atención al mundo, a pesar de que, en general, hay coincidencia en sus preferencias de los países más valorados (aquellos con relaciones estrechas, de éxito y desarrollo económico) y de los países menos valorados (los involucrados en conflictos internacionales o episodios de violencia criminal). Hay socie-

dades cuyas aspiraciones parecen ancladas en el continente americano (Colombia, Ecuador y México): aprecian mucho más las regiones del continente y la mayoría de sus poblaciones prefieren centrar su atención tanto en el norte como en el sur del hemisferio occidental, que en otras partes del mundo. A la par, hay sociedades, como Brasil y Perú, que valoran más a regiones fuera del continente —específicamente Asia— y cuyas aspiraciones son más mundiales y están más distribuidas.

Respecto a América Latina como región, se observan límites a la coordinación entre países para gestionar los problemas del área. La divergencia mayor entre los latinoamericanos estriba en el tratamiento de un posible conflicto regional, pues mientras unos manifiestan una actitud más proactiva (Brasil y México), otros son más reactivos (Colombia y Ecuador). En general, hay públicos más optimistas y otros más pesimistas sobre las relaciones regionales. No obstante la falta de convergencia en las posibles acciones comunes frente a situaciones de conflicto regional, existen, desde luego, puntos de coincidencia en temas centrales para la región.

Las convergencias están en dos ámbitos. El primero es el reconocimiento unánime del liderazgo de Brasil en la totalidad de los países: las mayorías creen que ha sido y será el país más influyente en la región. El segundo es el amplio consenso sobre el tipo de integración latinoamericana: se favorece mucho más el flujo de inversiones, bienes y servicios, con una amplia infraestructura común de puentes y carreteras; se rechaza la libre movilidad de personas y más aún un ejército común, y existe un apoyo limitado y diferenciado hacia la sesión de soberanías, legislativa y monetaria. En resumen, Brasil tiene un liderazgo reconocido en la región, que bien podría encauzar algunos de estos puntos de agenda común, pero su alejamiento, desinterés y desconocimiento de lo que ocurre más allá de sus fronteras representan una importante limitación.

No todos los países comparten los mismos sentimientos hacia Estados Unidos, por lo que tampoco es concebible una agenda común hacia ese país. Mientras hay sociedades con fuertes tendencias proestadunidenses (como Ecuador, Perú y, sobre todo, Colombia), existen otras menos favorables (como Brasil y, principalmente, México). Con todo, esta misma separación no se traduce en el tipo de trato que desean tener por parte de Estados Unidos. Aunque en los extremos, Colombia y México no sólo comparten su interés en obtener un trato preferencial estadounidense, sino que muestran mayor disposición a pagar los costos (supervisión y control de agentes) de la ayuda económica para combatir el narcotráfico y el crimen organizado. Sin embargo, Ecuador y Perú (y, en menor medida, Brasil) buscarían una acción coordinada que defienda intereses comunes ante Estados Unidos y, a pesar de que aceptarían la ayuda contra el narcotráfico, no están dispuestos a pagar los posibles costos derivados.

En cambio, Europa y el ámbito multilateral mundial representan dos espacios particularmente favorables a la construcción de agendas comunes y a la adopción de líneas de acción conjuntas, pues hay mayores puntos de convergencia entre los latinoamericanos. Por un lado, en general, la mayoría tiene actitudes positivas hacia España y sus relaciones con ese país, lo que más bien parece una percepción idealista, pues ni España ni Europa están entre las prioridades latinoamericanas —salvo en los casos de países con una proporción importante de connacionales viviendo allá, como Ecuador y Perú. Por el otro, los latinoamericanos tienen una actitud muy positiva hacia la ONU y otros espacios multilaterales de largo aliento; además, confían ampliamente en que Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña velarán por la paz desde el Consejo de Seguridad, y desconfían de China y Rusia para ello. Sin embargo, este elevado aprecio por las Naciones Unidas no significa que los latinoamericanos



tengan una actitud de fuerte compromiso con el multilateralismo, pues además de que hay un amplio desconocimiento acerca de las organizaciones multilaterales, no está entre sus prioridades de política exterior el fortalecimiento de esas instituciones para la gestión y búsqueda de soluciones a los problemas mundiales.

Uno de los temas de la agenda mundial de mayor interés para América Latina es el de la migración internacional. La migración al exterior pesa de manera fundamental en la vida económica y social no sólo de México, sino también de Colombia, Ecuador y Perú. Porcentajes significativos de habitantes de estos países tienen a familiares residiendo en el exterior, reciben dinero de estos parientes; otros más están dispuestos a irse a vivir a otro país. Cabe decir que los países andinos se distinguen de México en dos aspectos: por un lado, registran un porcentaje mayor de hogares con algún miembro familiar viviendo en el extranjero y, por el otro, los destinos de migración son más diversos. Por el contrario, la afectación en Brasil por la emigración es significativamente menor: hay pocos ciudadanos con familiares en el exterior y menos todavía los que reciben remesas. Estas diferencias en el grado de exposición al fenómeno migratorio constituyen una limitación para la adopción de posiciones comunes y políticas coordinadas de alcance regional en este ámbito. Sin embargo, se observan conglomerados de países latinoamericanos con problemas migratorios similares, que podrían servir para acciones concertadas de carácter subregional.

Un aspecto poco conocido, pero central para la definición de políticas migratorias integrales en los países latinoamericanos, son las actitudes hacia la inmigración y los extranjeros. En lo que respecta a la inmigración, colombianos, ecuatorianos, mexicanos y peruanos se manifiestan generalmente abiertos hacia los extranjeros en su territorio. Las opiniones favorables hacia ellos pesan más que las desfavorables. Además, los encues-

tados consideran que los inmigrantes aportan a la economía y la cultura nacionales, y se inclinan por reconocerles derechos sociales y políticos.

Sin embargo, la apertura hacia extranjeros en América Latina tiene límites. Mayorías en los países encuestados temen que los países industrializados cierren las fronteras a sus emigrantes, pero son renuentes (excepto en Colombia) a admitir la circulación sin restricciones de migrantes entre los países latinoamericanos. A pesar de los padecimientos de sus propios emigrantes indocumentados en el exterior, mayorías abrumadoras en Ecuador y México favorecen la deportación de inmigrantes indocumentados. En Ecuador, un número significativo de ciudadanos afirma que los inmigrantes incrementan la delincuencia, quitan fuentes de empleo y diluyen las tradiciones nacionales.

Finalmente, la demanda de derechos es con frecuencia mayor a la disposición a concederlos en los cuatro países hispanoparlantes. En los países encuestados, la exigencia y asignación de derechos sociales, como acceso a salud y educación, es compatible y muy bien aceptada. Sin embargo, la brecha entre demanda y concesión de derechos sociales o laborales, como la igualdad de condiciones de trabajo, abre las divergencias entre países. En definitiva, los derechos políticos de asociación y sufragio muestran a públicos latinoamericanos mucho más deseosos de conseguirlos para sus compatriotas que se encuentran fuera, que dispuestos a otorgarlos a los extranjeros que se encuentran dentro; no obstante estas diferencias, en general la mayoría de latinoamericanos concedería estos derechos.

Los países de América Latina encuestados, salvo Brasil por su reducida experiencia migratoria, son bastante similares en los patrones de emigración reportados en la encuesta; sin embargo, son muy diferentes respecto a las actitudes y opiniones hacia la inmigración y las políticas migratorias. A partir de esto es posible pensar en una agenda común latinoamericana

de gestión y relación de los países con sus migrantes en el exterior, de defensa de sus derechos y protección, principalmente en Estados Unidos, aunque en los países andinos se debería contemplar también otros países como Canadá y España. Así y todo, es difícil formular, de acuerdo con la opinión pública de sus poblaciones, una agenda latinoamericana para la gestión de la inmigración y la transmigración: primero, no hay un consenso para apoyar el libre movimiento de personas como parte de la integración regional y, segundo, las actitudes hacia los inmigrantes y su control son muy variables, pasando desde una muy favorable entre peruanos, con posiciones más mesuradas de colombianos y mexicanos, hasta una postura más desfavorable de parte de los ecuatorianos.

En suma, proyectos como *Las Américas y el Mundo 2010-2011*, cuyos resultados se encuentran reunidos en este número de la RMPE, permiten conocer mejor los contornos de la migración internacional, los comportamientos migratorios y las actitudes en torno a ellos. A medida que la opinión pública incide en la formulación de respuestas legales y sociales a la migración —sobre todo en países democráticos—, resulta cada vez más relevante preguntar a los ciudadanos qué opinan sobre los connacionales que se van a otros países y los extranjeros que llegan a vivir entre ellos.